

La
SOMBRA
de la **LUZ**

Enrique Cortés

01101101 11101101



*Difendimi dalle forze contrarie, la notte, nel sonno,
quando non sono cosciente, quando il mio percorso si fa incerto.
E non abbandonarmi mai. Non mi abbandonare mai...*

*Defiéndeme de las fuerzas contrarias, en el sueño nocturno,
cuando no soy consciente, cuando mi sendero se hace incierto.
Y no me dejes nunca más. No me dejes nunca más...*

Franco Battiato

PARTIDA

1

ERAN CIENTOS. CIENTOS DE estrellas. Cada una recorría luminosa una órbita diferente alrededor del mismo punto en el espacio. Un único punto. El centro de todo el movimiento del universo y él estaba sentado allí, en su hamaca, fumando un cigarrillo extra light. A su alrededor giraban estrellas, cometas, asteroides y todo tipo de cuerpos celestes y él miraba, con los ojos entornados, sonriendo ante aquella danza multicolor. Suspendido en medio del espacio, se preguntaba qué hacía allí, qué sería de su esposa, de sus hijos, del asqueroso gusano que fue su jefe cuando ganó su primer sueldo trabajando en un McDonald's. Recordó a Helen, la chica que en cuarto curso le había rechazado negándose a ir con él al baile de primavera. Estúpida. Pobrecilla, cómo le hubiera gustado a esa niñata estar ahora con él allí, en el centro justo del universo, el único punto alrededor del cual oscilan todas las cosas. Se miró a sí mismo y se vio suspendido en el espacio, sobre su hamaca y, bajo la misma, planetas y supernovas acercándose y alejándose, deseando hacerle el amor. Recordó el sexo con María, su esposa. Recordó y pensó que no quería recordar más.

BASE TIERRA

—Tendrá mucho que hacer allá arriba, señor Seldon —dijo el tipo, mientras los faros del jeep iluminaban la última curva del camino hacia la estación—. Ni siquiera va a tener tiempo de ir a cagar.

A lo lejos se divisaban las primeras luces del complejo militar.

—Espero que al menos la comida no se la hayan preparado los militares, he oído que el rancho estríñe —comentó entre risas, mirando de vez en cuando

a Buzz por el retrovisor. Buzz sonreía—. En serio, creo que es un recurso para que los soldados caguen menos y no pierdan tiempo en la guerra.

El tipo era simpático, pero hubiera preferido alguien un poco más discreto, más silencioso. A Buzz le gustaba la extraña sensación previa a cada viaje y quería concentrarse en sí mismo para disfrutarla.

Se iba. Se marchaba de nuevo. Una vez más se vería impulsado por más de veinte mil kilotoneladas hacia fuera, huyendo de la gravedad terrestre, en dirección al vacío.

—Bueno, ya estamos —dijo el tipo volviéndose de nuevo a Buzz y guiñándole un ojo—. Mi hija estará contenta de saber que le he traído a usted aquí. Me hará un montón de preguntas. ¿Sabe? Ella quiere ser astronauta. Eso o presidente.

El jeep se detuvo ante la enorme verja metálica de la base de West Münster y el tipo detuvo el motor. Un soldado se acercó a la ventanilla delantera y miró hacia el asiento posterior, ignorando al tipo, que encendía un cigarrillo.

—Le estábamos esperando, señor Seldon. Aquí todos le deseamos lo mejor allá arriba —dijo el soldado con tono amistoso. Buzz le devolvió la sonrisa un poco forzado, sin poder evitar fijarse en el fusil que colgaba del hombro del militar. Las armas siempre le habían incomodado.

El soldado hizo una seña hacia la garita y las puertas comenzaron a abrirse con un desagradable sonido de metal deslizándose sobre metal.

—Pueden pasar y... buena suerte, señor.

Buzz siguió con la mirada al centinela mientras el jeep entraba en el recinto. Era un chico joven, de unos dieciocho años. Probablemente al día siguiente presumiría ante su novia de haber abierto la verja de la base al cosmonauta Buzz Seldon. Ese pensamiento hizo que se estremeciese. ¿Cuánta gente iba a verle ascender a los cielos de aquel amanecer?

El tipo paró el vehículo en la puerta frontal del edificio principal de la base, una enorme construcción de ladrillo cuya fachada estaba iluminada por unos cuantos focos colocados a ras de hierba. El doctor Radbruch y el Coronel le estaban esperando en las escaleras de acceso al edificio. Buzz descendió y apretó la mano tendida del doctor. El Coronel saludó marcialmente con la mano en la sien.

—Espero que el viaje haya sido agradable. ¿Conseguiste dormir? —preguntó el doctor Radbruch. Buzz asintió y sonrió. El doctor había sido un magnífico preparador y hoy, como siempre, seguía preocupándose por su salud y su estado de ánimo.

—Señor Seldon...

Buzz se volvió hacia el tipo del jeep, que había vuelto a encender el motor y se preparaba para irse.

—Señor, ¿le importaría firmarme un autógrafo para mi hija? Dentro de tres días es su cumpleaños y se alegrará como nunca si se lo llevo.

El tipo rebuscó en la guantera del vehículo y tendió a Buzz un bloc de notas viejo y amarillento, y un bolígrafo con el anagrama de la Unión.

—Se llama Teresa, Teresa Schmitz —dijo, y Buzz escribió una dedicatoria para Teresa. Debido al aislamiento de los últimos meses de preparación, había tenido pocas oportunidades para entrar en contacto con gente normal, fuera de la plantilla de la agencia aeroespacial o de los propios militares. Le seguía haciendo gracia e ilusión eso de firmar un autógrafo.

—Gracias, señor. Buena suerte ahí arriba.

El tipo sonrió una vez más cuando Buzz le devolvió el bloc autografiado y puso en marcha el vehículo, dirigiéndose nuevamente hacia la verja de salida. Buzz siguió al vehículo con la mirada durante un segundo, el tiempo suficiente para que su mano enviase una orden a su cerebro.

—¡El boli! —llamó hacia el jeep, levantando el bolígrafo azulado en alto. Los nervios habían hecho que se olvidase de devolverlo.

El tipo sacó la mano por la ventanilla y se despidió mientras el jeep llegaba a la verja abierta y se disponía a cruzar hacia el exterior.

—Quédeselo —gritó—. Y salude a las marcianas de mi parte.

Buzz arqueó las cejas y sonrió. El Coronel puso una mano sobre su hombro.

—Hijo, vayamos adentro. Partirás en tres horas y aún hay que trabajar.

Buzz se volvió hacia el Coronel y asintió.

—Están esperándote —dijo el doctor Radbruch—. Sólo nos faltaba el protagonista de la historia, pero ya te tenemos aquí.

Buzz asintió y notó un breve temblor en sus manos mientras los tres ascendían las escaleras hacia la entrada del gran edificio. Estaba nervioso.

—Todo está saliendo perfectamente —dijo el doctor Radbruch, mientras tomaban asiento en los cómodos sillones de cuero negro de la sala principal de reuniones—. Las comprobaciones de seguridad de la nave nos indican que todo va según lo previsto. La cápsula ha sido revisada y los cálculos de vuelo y salto rectificadas de acuerdo con las condiciones meteorológicas actuales.

—¿Y el robot? ¿Al fin tendré oportunidad de verlo? —preguntó Buzz.

—Pronto lo verás —asintió el doctor con firmeza—. Hemos tenido mucha suerte. La Moscowa Electrics lo trajo hace cuatro horas. Han estado trabajando en él hasta el último momento. Aún estamos verificando su buen estado y adaptación al medio. Es una auténtica proeza de la técnica.

—¿Mejor que el modelo anterior? —preguntó Buzz, que no acababa de acostumbrarse a la idea de realizar su viaje en compañía de una máquina de metal pensante.

—Sin duda. Las pruebas realizadas por la Moscowa demuestran que su capacidad de aprendizaje y razonamiento lógico es enorme. Has de procurar acostumbrarte a su presencia. Te será de mucha ayuda cuando estés allá arriba. Quién sabe, hasta puede que al final os hagáis amigos.

—Tal vez —respondió Buzz dubitativo, mientras pasaba la mano entre los rizos de su cabello—. Al menos espero que los programadores le hayan enseñado a jugar a las cartas.

Los tres rieron ante las palabras del astronauta. Estaban nerviosos, cansados por los largos días de preparación y deseosos de que todo saliera bien. Aún no había amanecido.

—Bueno, Buzz —habló el Coronel—. Durante la próxima hora tendrás que atender a Luz Plotovz. Es la periodista elegida por el comité de medios. Parece una buena chica. Después irás a la cámara de acondicionamiento y pasarás allí otra hora. Tras ello, a la nave.

Hacia las estrellas.

—Hemos pensado —comenzó Radbruch —que será mejor que no entres en contacto con el robot hasta que estés en la cápsula. Recuerda que todo lo aprenderá de ti. Su mente está perfectamente estructurada en base a conexiones lógicas preparadas para recibir sensaciones y procesarlas, pero por ahora es como una tabla de arcilla sin marcar. No sabe ni conoce nada.

—Es un recién nacido —dijo Buzz.

—Algo bastante parecido —contestó el doctor—, pero aún con más ganas de aprender.

Buzz asintió mientras se balanceaba en su amplio sillón de ejecutivo. Echaría de menos muchos detalles de comodidad en los próximos meses.

—Bien, hijo, el mundo quiere saber de ti. Sobre la mesa tienes una copia de las preguntas —dijo el Coronel—. Y recuerda que esa chica representa a una de nuestras principales fuentes de ingresos. Trátala bien.

—Claro —dijo Buzz, imaginando lo que opinaría Linda de esas últimas palabras.

Se despidió de los otros dos mientras continuaba su ligero balanceo. Ahora llegaría ella, la representante de los medios de comunicación. Todas

las agencias de noticias del mundo tenían un comité para casos como aquél, donde debía evitarse una excesiva interferencia de los periodistas y fotógrafos. “¿Cámaras grabando el lanzamiento? Todas las que quieran, pero a nuestro hombre han de dejarlo tranquilo”, había dicho el Coronel. Y así era. Los medios de masas controlaban más de lo que nunca hubieran imaginado en tiempos pasados, y sabían que el éxito de la misión era importante para la conquista de nuevas metas científicas y espaciales, metas que reportarían millones de espectadores fieles y beneficios económicos abundantes.

Buzz echó un vistazo a la hoja en la que figuraban las preguntas que iba a tener que contestar. No se sintió con fuerzas para inventar ninguna respuesta ingeniosa. Algunas de las cuestiones habían sido tachadas, como la que preguntaba la razón de que enviasen en solitario a los astronautas a la estación. El cosmonauta se alegró de que la hubiesen suprimido. ¿Qué habría respondido? «Mira, la verdad es que los financiadores exigieron el inmediato lanzamiento de un hombre al espacio profundo y no hubo tiempo ni fondos para preparar a más». Con el primer salto Hans era el único que conocía a fondo la estación y podía evaluar el resultado de las pruebas. Hans... y, ahora, él mismo. No, esa respuesta no quedaría bien. Además, se suponía que él no debía saber eso, pero Radbruch no había podido mentirle.

Era rubia. Llegó acompañada por tres cámaras y varios técnicos de sonido e iluminación. Tendría unos treinta años y su figura resultaba realmente interesante. Probablemente, pensó Seldon, era una de aquellas adictas al trabajo que ni siquiera al llegar a casa podían relajarse y optaban por acudir a un gimnasio a quemar calorías y sus pocas horas libres. Su tono era agradable, pero no amistoso. Era evidente que se tomaba muy en serio su trabajo y, con toda seguridad, sería consciente de que arruinar la entrevista significaría el fin de su carrera como periodista.

—No mire a las cámaras cuando conteste, señor Seldon, míreme a mí —dijo Luz, mientras colocaba las páginas de su guión y daba las últimas instrucciones a sus ayudantes—. No se preocupe si no está satisfecho con alguna respuesta. La entrevista no se emitirá hasta dentro de una hora, con lo que podremos eliminar con posterioridad todo lo que desee. ¿Está preparado?

Seldon asintió, mirando de reojo a las cámaras. Diez meses de preparación física y aislamiento y ahora, de repente, objeto de todas las miradas de cientos de millones de espectadores. Comenzaba a pasar de un cierto nerviosismo a una seria intranquilidad. Luz Plotovz miró hacia una de las cámaras y comenzó a hablar.

—Queridos telespectadores, son las cuatro y media de la mañana y me encuentro en las instalaciones de la Agencia Espacial Europea en la base de West Münster, Alemania. Me acompaña el señor Daniel Seldon, más conocido por sus compañeros como “Buzz” Seldon. Gracias por estar con nosotros, señor Seldon.

La periodista se expresaba de forma segura, como si no estuviese formando parte de un acontecimiento más importante que un partido de fútbol.

—De nada..., de nada.

Buzz no sabía muy bien qué contestar. Había notado que una de las cámaras no dejaba de apuntar hacia él y no le agradaba.

—El señor Seldon —continuó Luz—, nació hace treinta y dos años en Southampton, Reino Unido. Ha tomado parte ya en tres misiones espaciales, una de ellas con el cinturón de asteroides como objetivo, y ahora se dispone a iniciar su viaje hacia la estación lejana situada a un cuarto de año luz de distancia de la Tierra, con lo que se convertirá en el segundo hombre en llegar a la estación. ¿Nos puede explicar, señor Seldon, en qué consistirá su misión?

—Sí, claro —Buzz empezaba a preguntarse qué significaría él para el viejo agricultor californiano, o para el niño que jugaba en un parque de Montpellier. Estaba claro que los entrenamientos no le dejaban a uno demasiado tiempo para pensar en cosas así—. Verá, la estación lejana comenzó a construirse hace unos tres años y empezó a ser utilizada hace poco más de un año. Su misión es el estudio del universo circundante y las condiciones físicas y químicas en sectores de vacío estelar. La estación permanece en una región apenas sometida a influencias gravitatorias.

—¿Quiere decir que no hay nada cerca? —interrumpió la periodista.

—Sí, eso... eso es —continuó Buzz, preguntándose si no estaría utilizando palabras demasiado técnicas—. Hubiera sido más sencillo dejarla orbitar alrededor de algún cuerpo celeste, pero la gravedad del mismo alteraría el resultado de los experimentos. Además, las comunicaciones se establecen gracias a un potentísimo haz de microondas que podría verse influido o debilitado por grandes fuentes de gravedad.

—¿Y qué objetivo persigue la Agencia Espacial con estos estudios? —preguntó Luz Plotovz—. ¿Es cierto que pueden significar un paso esencial en la absoluta conquista del universo por parte de la humanidad?

—Bueno... —respondió Buzz, algo sorprendido por la resonancia de aquellas palabras. Sin duda conformarían un excelente titular—. A

bordo de la estación se realizan varios experimentos biológicos en plantas y animales pequeños. En cuanto a la cuestión de la colonización, la estación lejana nos está sirviendo para preparar el viaje al conjunto de estrellas de Alpha Centauri, que se encuentran a 4,6 años luz, que es dieciocho veces la distancia que nos separa ahora mismo de la estación. Aunque, desde luego, la razón que dio origen a la construcción de la estación fue demostrar la posibilidad de los saltos estelares en el espacio profundo. Hasta hace poco, la cosmonáutica había diseñado sus naves y transportes de acuerdo con modelos terrestres. Habíamos construido lanzaderas espaciales que no eran más que aviones con motores más potentes. Ellas permitieron a mis predecesores recorrer el sistema solar. Pero hace ya años que, gracias a los descubrimientos del doctor Radbruch sobre la composición y el comportamiento físico del vacío estelar, la concepción de los viajes espaciales ha cambiado completamente. En los últimos años se han realizado pequeños saltos no tripulados a distintos puntos del sistema solar, pero hasta que se empezó a construir la estación no nos habíamos aventurado más allá. La concepción del espacio de Radbruch lo cambió todo.

—Y según dicha concepción se pudo construir la estación lejana, ¿no es así?

La periodista había estudiado profundamente el tema. Buzz sintió un cierto alivio al comprobar que el objeto de la entrevista era la misión, y no él.

—Efectivamente —explicó Buzz—. Gracias a la misma pudo llegar la estación a su destino, así como la misión Salto Uno, que trasladó allí al doctor Hans Welzel, y ahora la misión Salto Dos, nuestra misión. El doctor iniciará el viaje de regreso a casa cuando yo llegue. Soy su... relevo.

—Y usted pasará quince meses allí —afirmó la periodista.

Buzz escuchó cómo la puerta de la sala de reuniones se abría a sus espaldas, pero no quiso volverse para no estropear la entrevista. Aunque le habían dicho que se retransmitiría en diferido, no quería defraudar a aquella señorita. Al fin y al cabo, la entrevista iba a resultar interesante e ilustradora para el público.

—No, estaré sólo doce meses.

Buzz percibió cómo la periodista perdía por un segundo su gesto de fría seriedad. No parecía gustarle no contar con los últimos datos actualizados. Pensó que tal vez a la mañana siguiente alguno de sus ayudantes recibiría una carta de despido.

—Con la misión Salto Uno —aclaró el cosmonauta —se pensó en un periodo de quince meses, pero el doctor Radbruch, vistos los resultados

y el avance del programa, cree más conveniente unos relevos más habituales para que el cosmonauta que habite la estación permanezca en mejores condiciones físicas.

Aunque le miraba, su interlocutora no había prestado atención a su respuesta. Mejor aún. Así no habría réplica a sus palabras. ¿Condiciones físicas? No era eso lo que había acelerado la partida del segundo salto.

—Bien... —la periodista hizo una pausa—, para terminar, señor Seldon, ¿nos puede hablar de la nueva unidad de inteligencia artificial y razonamiento abstracto que le acompañará en este viaje?

—Claro..., el robot —Buzz sonrió ligeramente; en la misión Salto Uno aquel trasto había sido bautizado por el doctor Welzel como “el robot” y él no pensaba romper la tradición, aunque no se tratase exactamente de un robot—. Sirve para ayudar al cosmonauta durante su estancia en el espacio. El nuestro es un modelo más avanzado que el que partió con la primera misión a la estación espacial. Ha sido construido por la Moscowa Electric y está preparado para ayudarme con las tareas cotidianas de mantenimiento y experimentos en la nave, así como con cualquier novedad que pueda surgir en la difícil tarea de la exploración espacial.

Buzz volvió a sonreír; las últimas palabras no eran suyas. Ni siquiera le entusiasmaba el robot, pero se las había oído repetir tantas veces al doctor Radbruch en sus luchas presupuestarias con la Agencia, que se le habían quedado finalmente grabadas. El doctor creía firmemente en el futuro de esos chismes; por eso había mandado uno para asistir a Welzel, y ahora mandaría otro con el propio Buzz.

—Bien, señor Seldon, muchas gracias por esta interesantísima entrevista y mucha suerte en su viaje. Las estrellas le están esperando.

Por primera vez, Luz Plotovz le sonrió, y de veras que su sonrisa parecía franca. Luego miró a la cámara.

—Dentro de unos momentos Daniel Seldon pondrá en un puño los corazones, no sólo europeos, sino de todos y cada uno de los seres humanos de este planeta. En palabras de Leonardo...

Alguien cogió del brazo a Buzz.

—Vamos, muchacho —dijo el Coronel, que un momento antes había entrado silenciosamente en la habitación—, aún queda mucho por hacer.

—Pero... —contestó Buzz, volviendo la cabeza hacia la periodista, que seguía dirigiéndose a la cámara en un pequeño discurso para conmover los corazones de los televidentes y convencerles de la importancia del acontecimiento que se iba a llevar a cabo.

—Olvídate de ella. Ella ya se ha olvidado de ti —afirmó el Coronel con cierta resignación en su voz, y tirando del brazo de Buzz le indicó que se levantase—. Ha llegado la hora de la adaptación.

Ambos se dirigieron hacia la puerta de la sala y traspasaron el umbral para dirigirse hacia el laboratorio central, donde se hallaba el compartimento estanco de adaptación. Buzz pudo oír al alejarse cómo Luz Plotovz seguía despidiéndose de su audiencia.

—Y no olviden dar a sus hijos Eurocola si quieren que algún día sean como Buzz Seldon.

Se encontró dentro de una habitación de metal en el interior de un manicomio vacío. No hubiera servido de nada gritar. Nadie le oiría. Se levantó y comenzó a vagar por los pasillos. Si al menos las ventanas dieran al mar... Hubiera querido encontrar más locos como él y gritarles al oído que echaba de menos a su chica. Avanzó hacia el comedor y tomó un trozo de pan reseco entre las manos. Hacía siglos que había perdido el apetito. Se escondió debajo de una de las mesas y empezó a llorar. Ella era dulce y su piel clara. Le acariciaba y tomaba su cabeza entre sus pechos cuando estaba triste. Le susurraba al oído que le quería. Se tumbó bajo la mesa. Jamás se levantaría. Permanecería allí durante siglos y esperaría a que el universo se expandiese y contrajese. Harían falta decenas de explosiones iniciales, el universo nacería y volvería a morir, pero antes o después ella volvería a encontrarse a su lado. Algún día coincidirían en el espacio las coordenadas de los átomos que les habían formado a ambos y él volvería a ser feliz, porque el tiempo es infinito, pero el espacio no. María. Ese día él dejaría de morir lentamente. Sacó un trozo de papel del bolsillo de su camisa y pensó en escribir te quiero, te quiero, te echo de menos, pero las letras se deslizaron en su pensamiento y fueron diferentes. No vengas, no vengas. Vas a morir solo, vas a morir solo, ¡vas a quedarte aquí para siempre!

Buzz despertó dentro del compartimento. El líquido en el que se encontraba suspendido lamió sus ojos y empezó a recibir de nuevo sensaciones de sus extremidades. Miró alrededor y vio las paredes de cristal del gran tanque de agua. Se vio a sí mismo reflejado, el cuerpo desnudo conectado a diversos cables de color parduzco. Sus córneas se acostumbraron al roce del líquido y pudo distinguir varias figuras borrosas moviéndose al otro lado del cristal. Escuchó claramente un silbido profundo y notó un balanceo en todo su cuerpo. Estaban drenando el tanque de acondicionamiento. Pronto estaría en la nave.

—Ya estamos terminando, Daniel.

Oyó la voz del doctor a través del suave zumbido de un transmisor situado en su mejilla.

—Enseguida te sacaremos. ¿Has tenido un dulce sueño?

Buzz sonrió. Cada vez que se sometía al proceso, el doctor le hacía la misma pregunta en tono paternal. Lentamente, el tanque fue vaciándose y tras unos minutos Buzz volvió a sentir el contacto del aire en su piel mientras una plataforma se elevaba y le devolvía a la superficie. Tenía frío. El propio doctor le retiró con cuidado los electrodos y contactos que habían situado sobre su cuerpo para estudiar sus reacciones.

—¿Está todo bien? —preguntó Buzz, tosiendo y poniéndose en pie.

Sentía sus venas llenas de fuerza. Era una sensación agradable.

—Sí, sí, todo ha ido bien —contestó Radbruch—. Tus niveles están perfectamente equilibrados, y tu metabolismo ha sido receptivo a la preparación para el viaje. Darás el salto sin ningún problema.

Ambos descendieron de la plataforma sobre el tanque. Había unos cuantos técnicos y ayudantes de laboratorio, pero ninguno le prestó la más mínima atención mientras descendía de la plataforma, aparte de una joven asistente que le llevó su ropa y unas toallas para que se secase. Parecían ocupados comprobando parámetros. Probablemente ya habían terminado de revisar todos los datos referentes a su estado físico y sus condiciones para el viaje, pero sabían sin duda que al doctor Radbruch no le gustaba que distrajesen a su cosmonauta. Nadie despidió a Buzz mientras salía del laboratorio en compañía del doctor, nadie siquiera le miró alejarse, excepto la asistente, que con una tímida sonrisa deseó que todo le fuera bien.

Los pasillos comenzaban a llenarse de gente de aquí para allá. Había muchas cosas que hacer, mucho a lo que atender. La preparación del salto debía ser perfecta. El desorbitado consumo de energía necesario para recorrer un cuarto de año luz en poco más de tres días no daba lugar a segundas oportunidades. Buzz siguió al doctor por el corredor principal, hacia el despacho del Coronel. Por los ventanales pudo ver, a lo lejos, la plataforma de lanzamiento. Ya habían situado la lanzadera y su figura imponente se recortaba contra la luz del horizonte, donde empezaba a amanecer. Buzz quería ver el Sol antes de partir. Sentir su calor, aunque sólo fuese durante unos segundos. Varios focos iluminaban las gradas que habían sido colocadas para la ocasión y empezaban a llenarse de periodistas y cámaras. Dos soldados les realizaron un escáner corporal antes de entrar en el despacho. Era la primera vez que Buzz tenía que pasar por algo así. ¿Creían que iba a ocultar explosivos cuando le

esperaba en una hora una cuenta atrás hacia las estrellas? Los soldados dejaron pasar a ambos hacia el interior del despacho. Encontraron al Coronel de pie junto a la ventana, mirando hacia el exterior.

—El mismo Sol de cada día —dijo el Coronel sin volverse, haciéndoles un gesto para que tomasen asiento—. El mismo que lleva iluminando a nuestra especie un millón de años. Que nos ha visto nacer y tal vez nos vea morir, o escapar de aquí hacia otros rincones del universo. Como tú, hijo. ¿Has pensado en que dentro de miles de años te recordarán como a un Cristóbal Colón o a un Américo Vespucio? Ellos descubrieron nuevas tierras y dibujaron los perfiles de las costas para describir poco a poco cómo era su mundo. Nuestro mundo. Tú avanzarás allí donde sólo un hombre antes que tú llegó y describirás el universo. Contarás para los siglos venideros qué sentiste tan lejos del hogar de tu especie. Formarás parte de la historia.

El Coronel se volvió y miró a ambos.

—¿Está preparado? —preguntó, mirando fijamente a los ojos al doctor.

—Sí, ha llegado el momento —asintió el doctor, y Buzz notó un cierto tono de preocupación en su voz.

El Coronel se acercó a su escritorio y apretó una serie de botones en un tablero de computadora. Sonó un ligero chasquido y un panel se deslizó tras el asiento del militar, dejando al descubierto un pequeño cubículo de paredes metálicas con un tubo fluorescente como iluminación. Parecía un ascensor. El doctor y el Coronel se levantaron y se dirigieron hacia el cubículo. Buzz se levantó también.

—Vamos, hijo, tenemos prisa. Aún hay un par de cabos por atar antes de dejarte marchar —dijo el Coronel, volviéndose hacia él e indicándole que se apresurase.

—¿Dónde vamos? —preguntó Buzz mirando a ambos—. Pensé que no iban a enseñarme el robot de la Moscowa hasta que estuviese a bordo de la nave.

Los tres entraron en el pequeño ascensor.

—Daniel —comenzó el doctor mientras el Coronel introducía una tarjeta magnética en una ranura—, tenemos algo que contarte.

Por primera vez en los meses que habían pasado juntos casi a diario, Buzz notó verdadera pesadumbre en la voz de Radbruch; casi hubiera jurado que era tristeza. El ascensor empezó a descender.

Dos días antes, a aquella misma hora, Buzz se había despertado sobre la cama de la cabaña en el lago. Se había vuelto hacia la izquierda y había

acariciado el cuerpo de Linda. Ella dormía con los ojos perdidos entre una maraña de lanoso cabello rubio. La había besado y había salido a sentarse a la orilla del agua. Era hermoso. Una ligera neblina cubría el lago y entre las ramas de los altos árboles comenzaban a colarse líneas luminosas de sol. Tomó una piedra de la orilla y la lanzó hacia el agua, donde golpeó la superficie antes de rebotar y hundirse después. Le gustaba el olor de la neblina del bosque y sentir las hojas caídas bajo su cuerpo. Se tumbó y miró hacia los pedazos de cielo aún oscuro que se extendían sobre las copas de los árboles. Pronto estaría ahí arriba, lejos del lago, respirando un aire situado allí para él, un aire que se transformaría de líquido a gaseoso gracias a un proceso del cual dependería su propia vida. En cierto modo, ya había experimentado la misma sensación antes, con sus otros viajes al exterior, pero ahora era diferente: ahora estaría mucho más lejos. Generalmente, como le decía su propia experiencia y le habían comentado otros colegas con más horas allá arriba, cuanto más compleja fuera la tarea que tenías que realizar, mejor, porque eso significaba menos tiempo para pensar en la tremenda magnitud de lo que te estaba pasando. Acababas de ser impulsado a miles de kilómetros del lugar donde toda la especie humana y la propia vida conocida habían desarrollado su historia. Habías entrado en un lugar vacío, muerto: el espacio. Ya conocía todas esas sensaciones, el pánico al infinito, y había aprendido a controlarlas perfectamente, pero ni siquiera el complejo tratamiento psicológico que había recibido los últimos meses había conseguido expulsar de su cabeza dos terribles verdades: se iba muy lejos, mucho, e iba a estar solo allí más de un año.

Buzz había tenido la oportunidad de conocer a su predecesor antes de ser elegido para la misión de entre todos los integrantes del equipo de cosmonautas de la Agencia Espacial. El doctor Welzel era el más joven de los cuatro ayudantes de Radbruch. Tenía veintinueve años. Era delgado y rubio, aunque su cabello empezaba a clarear. Su piel era bastante pálida, lo que unido a lo anterior le daba en conjunto un aspecto bastante enfermizo pero, como Buzz comprendió enseguida, uno no debía dejarse llevar por la apariencia. En el primer apretón de manos que se dieron, Buzz descubrió sorprendido una fuerza tremenda en los músculos del enclenque muchacho. Como él mismo le contó después, siendo pequeño había sufrido varias enfermedades que le habían acostumbrado a tener que realizar ejercicio a menudo, hábito que con el tiempo había consolidado un cuerpo en perfecto estado de forma. El doctor Radbruch y Welzel se tenían mucho aprecio. Se habían conocido en la Universidad de Berlín. El joven Hans había sido el estudiante más destacado del profesor durante el curso en que presentó a la

sociedad científica sus primeros descubrimientos sobre el comportamiento del vacío cósmico, y al serle ofrecido un puesto en la Agencia Espacial para desarrollar sus investigaciones, decidió llevarse a su discípulo con él. Juntos habían realizado toda la labor de ingeniería necesaria para llevar a cabo el experimento de salto y, una vez logrado con pequeñas máquinas espaciales, se habían encargado de la construcción de la estación lejana. A lo largo de dos años habían dedicado toda la atención de sus mentes al proyecto que, poco a poco, con el paso de los meses, fue convirtiéndose en una realidad plausible. Maestro y alumno trabajaron codo con codo para desarrollar una proeza de la tecnología.

—Supongo que ambos sabíamos que yo iba a ser el primer ser humano en viajar a la estación —le había dicho Welzel a Buzz, mientras compartían un par de tazas de café en la cafetería de la base—. Quiero decir que lo justo hubiera sido que fuera él mismo, pero sus condiciones físicas no se lo permiten. Probablemente mi gran tristeza cuando llegue a la estación será saber que Radbruch jamás podrá verla con sus propios ojos, suspendida en el espacio.

Hasta ese momento sólo las máquinas de montaje y mantenimiento habían recorrido el camino hacia la estación, llevando las piezas de la misma y ensamblándolas hasta construir lo que sería la morada de Welzel durante más de un año.

—Será raro estar sin nadie ahí arriba, ¿no? Nadie con quien hablar—le había dicho Buzz—. Ni siquiera recibirás noticias de la Tierra hasta pasados tres meses.

Él aún no sabía que tripularía la segunda misión, pero al haber sido elegido como parte del reducido grupo de cosmonautas de la Agencia, se podía incluir entre los más firmes candidatos.

—Normalmente hay tarea suficiente como para tenerte entretenido —había contestado Welzel—. Ten en cuenta que, además de todas las operaciones y experimentos a bordo de la estación, tenemos al robot y el propio salto. Pero bueno, sí, a veces añoraré esto. Espero no acabar contándome chistes a mí mismo.

Ambos habían reído. Welzel había hablado del robot y el salto. El estudio sobre la convivencia de un ser humano con una inteligencia artificial en una situación extrema, como un viaje espacial, había sido impuesto por cuestiones presupuestarias. La Moscowa Electrics lo había puesto como condición si la Agencia quería contar con una buena financiación por su parte. Buzz había tenido un par de veces oportunidad de hablar con representantes de la Moscowa. No eran mala gente. Después del tremendo fracaso

de los entes artificiales en la segunda mitad del siglo veinte, pretendían hacer renacer la ilusión por un mundo plagado de inteligencias cibernéticas. Y por otro lado estaba el salto. Según lo que sabía Buzz, el doctor Radbruch se había mostrado muy reacio a mandar a Welzel a la estación lejana sin haber realizado antes alguna prueba de salto con humanos pero, básicamente, desde la dirección de la Agencia le habían dicho que no había dinero para más. El consumo de energía de cada salto era enorme, y sólo justificable si servía directamente para llevar o traer algo de la estación. Fue el propio Welzel quien acabó convenciendo al doctor de que le dejara partir. Era un chico optimista y estaba seguro de que todo iría bien.

—El salto funcionará y el viaje será un éxito —le había asegurado a Buzz, con el rostro alegre e iluminado—; y cuando uno de los chicos, puede que tú mismo, llegue allí tras quince meses y me dé permiso para volver a casa con mi mujer, espero que lo primero que vea en su rostro al abrir la escotilla sea una sonrisa, porque llevaré mucho tiempo sin ver una, y me encantan.

Buzz notó una mano suave acariciando su cabello y entreabrió los ojos. Linda estaba junto a él, sentada a la orilla del lago, sonriendo. La bruma sobre el agua había desaparecido ya, y un sol brillante iluminaba las gotas de rocío acumuladas durante la noche en las hojas de los árboles. Buzz volvió a cerrar los ojos y a dejarse llevar por las caricias. En ese momento, dos días antes de la partida, comprendió mejor que nunca por qué Welzel pensaba que necesitaría una sonrisa después de un año allá arriba sin más compañía que un puñado de máquinas. Mientras volvía a quedarse dormido sintiendo las hojas húmedas bajo su espalda, prometió que lo primero que vería aquel hombre al abrir la escotilla de conexión sería una sonrisa.

2

EMPUJADO POR UN LEVE movimiento de inercia, Buzz notó cómo el ascensor llegaba a su destino. Las puertas metálicas se deslizaron y ante los tres hombres apareció una sala de reuniones cuyo centro estaba ocupado por una gran mesa ovalada, alrededor de la cual varias personas esperaban en silencio.

—Ya hemos llegado, Daniel —el doctor tomó a Buzz por el brazo y le dirigió hacia el interior, tras el Coronel—. Sentémonos.

Ambos tomaron asiento en sendas butacas de cuero negro. Buzz percibió rápidamente la preocupación reflejada en los rostros de los presentes. El Coronel presidía la mesa. Sus anchas espaldas estaban inclinadas hacia delante y miraba alrededor como si comprobase que no faltaba nadie. Además de ellos tres, había cuatro personas más. Todos le miraban. Tenía la impresión de que la reunión iba dirigida exclusivamente a él. Las paredes verde claro de la sala le parecieron de pronto opresivas.

—Bien, Buzz —comenzó el Coronel—, no contamos con mucho tiempo, así que lo mejor será empezar cuanto antes. A tu derecha tienes al señor Bob Clotsky, miembro del Consejo. A su lado, su secretario Gustav Arder.

¿Qué significaba aquello? Buzz recordaba haber visto alguna vez la cara de Clotsky en los diarios, aunque le habían mantenido aislado los últimos meses. Se trataba de gente muy importante.

—A ellos ya les conoces —dijo el Coronel señalando a los dos hombres sentados frente a Buzz—. Tod Beaumont, jefe de comunicaciones de la base, y Federico Spinelli, ingeniero principal de la estación lejana.

Ambos saludaron a Buzz con un gesto. Sus rostros reflejaban seriedad. Buzz se dio cuenta de que en las últimas semanas había visto poco a los dos hombres. No había reparado en ello hasta ese momento. Los dos tenían ojeras y Buzz hubiese jurado que habían envejecido considerablemente desde la última vez que charló con ellos, especialmente Tod.

—Señores —comenzó el Coronel dirigiéndose hacia los otros cinco sentados en la sala—, ustedes ya conocen los acontecimientos que han tenido lugar estas ocho últimas semanas, pero nuestro cosmonauta, el señor Seldon, ha permanecido al margen de los mismos para poder llevar a cabo un pleno y correcto entrenamiento. A continuación voy a relatar los hechos tal y como los conocemos a día de hoy.

En ese momento el Coronel centró la mirada en Buzz, y él sintió un escalofrío que le recorría la espina dorsal. Era como una especie de sueño. Hubiera preferido no ser el centro de atención.

—Seldon —continuó el Coronel—, las cosas están así. Durante meses, como sabes, hemos estado recibiendo informes periódicos de nuestro hombre en la estación lejana, el doctor Welzel. El primer informe lo recibimos treinta minutos después del salto, y en él Welzel daba confirmación de que todo había ido bien al saltar. Es por todos conocido que durante el periodo de salto se mantiene una velocidad treinta veces superior a la de la luz, con lo que ese mensaje, aun llegando a nosotros treinta minutos después, fue emitido apenas un minuto tras el comienzo del salto. A partir de ese momento todo se desarrolló con normalidad. El informe del primer día de Welzel a bordo de la estación nos llegó noventa y tres días después de que fuese enviada la cápsula de salto, es decir, exactamente tres meses después de que Welzel escribiese el mensaje. Después de eso seguimos recibiendo los comunicados del doctor informándonos sobre los resultados que iban produciéndose en los experimentos y sobre el propio comportamiento de la estación. Welzel se mostraba siempre sobradamente satisfecho con el desarrollo de los acontecimientos.

El Coronel hizo una pausa y miró directamente a Radbruch. Buzz pudo distinguir un gesto de mutua comprensión en sus ojos.

—Sin embargo —continuó—, hace exactamente ocho semanas se interrumpieron las comunicaciones provenientes de la estación y aún no se han restablecido con normalidad.

La repentina noticia golpeó al cosmonauta violentamente.

—¿Con normalidad? —preguntó Buzz. No pudo evitar interrumpir. Todo era demasiado extraño y, además, sabía que el Coronel medía sus frases. Aquel militar canoso y corpulento no era precisamente parco en palabras, pero tenía la costumbre de pensarlas con detenimiento antes de pronunciarlas. ¿Qué había significado *con normalidad*?

El Coronel dirigió la mirada hacia Tod Beaumont, jefe de comunicaciones de la base. Buzz recordaba a Beaumont con su rostro enrojecido por el sol y su pelo blanco de albino, sonriendo y haciendo chistes, siempre acompañado por una hamburguesa junto a los teclados y pantallas de su puesto central de comunicaciones. Ahora el pelo blanco parecía el cabello de un hombre derrotado por las preocupaciones.

—Bueno, Buzz —comenzó el técnico algo nervioso, como un chiquillo que fuera a confesar una travesura—, las comunicaciones no se interrumpieron del todo, pero probablemente ello sólo ha servido para desconcertarnos aún más. Al principio todo fue bien. Como te ha dicho el Coronel, los informes que van desde el enviado por Welzel un minuto después del salto al informe correspondiente a la segunda

semana de nuestro noveno mes de misión reflejan una situación perfectamente normal. Welzel se limita a exponer las evoluciones de los experimentos.

Buzz comenzaba a impacientarse. ¿Dónde pretendían llegar? Miró alrededor y comprobó que a nadie parecía sorprenderle lo que Beaumont decía. Todos actuaban como si lo hubiesen oído cientos de veces.

—Sí, lo sé —dijo de pronto Buzz—, sé cómo son esos informes. He leído muchos de ellos, Tod.

El jefe de comunicaciones se sorprendió por la impaciente reacción de Buzz y comenzó a titubear. El Coronel tomó de nuevo la palabra.

—El hecho es —continuó, sustituyendo al jefe de comunicaciones— que a partir del décimo mes dejamos de recibir comunicados desde la estación. Ningún tipo de señal, nada. No sabemos qué es lo que ha ocurrido y estamos aquí para explicarte cómo está la situación.

—Señor Seldon —comenzó Bob Clotsky, quien hasta entonces se había mantenido al margen de la conversación, cruzando de vez en cuando palabras con su secretario—, llevamos más de dos meses con esta situación de incertidumbre y por ello nos hemos visto obligados a acelerar su partida hacia la estación lejana. Creemos que la única forma de descubrir lo que ha pasado es enviar a alguien allí. No hay forma de establecer ningún otro tipo de contacto con la nave. Ha sido usted entrenado y preparado sobradamente para realizar esta misión. Sin lugar a dudas, no hay nadie que pueda llevarla a cabo como usted, pero no podemos obligarle a viajar allá arriba sabiendo que lo que pueda encontrar nos es desconocido. Hemos tratado este asunto con la máxima discreción, pues si llegase a la prensa podría provocar una catástrofe política y poner en peligro el futuro de la exploración espacial y la propia existencia de la Agencia. Usted sabe que la financiación de esta misión ha tenido numerosos detractores y le aseguro que algo como esto podría echar por tierra todas nuestras esperanzas.

Buzz sentía a su lado el balanceo de la silla de Radbruch, provocado por un movimiento rítmico en la pierna izquierda de éste. El doctor realizaba ese movimiento inconsciente cuando estaba nervioso. Durante un segundo miró al doctor y éste desvió la mirada. Si alguien parecía sentirse culpable por haberle ocultado todo, era él.

—Han dicho que las comunicaciones comenzaron a fallar a partir de la semana tercera del noveno mes de misión, ¿no es cierto?—preguntó Buzz, mirando de nuevo a Tod Beaumont, quien asintió—. Bien, ¿qué hay de esas semanas tercera y cuarta del noveno mes?

—Seguimos recibiendo comunicados —Tod bajó la vista hacia sus manos, que mantenía ocultas bajo la mesa, y pareció realmente hundido bajo las luces eléctricas de la sala subterránea—. Durante las dos semanas continuaron llegándonos señales. Pero ocurrió algo inexplicable.

Repentinamente, Beaumont levantó de nuevo la mirada y la clavó en el cosmonauta, como si anhelase que Buzz comprendiera el problema irresoluble ante el que se hallaba.

—El día decimosexto del noveno mes —continuó —nos llegó el informe correspondiente al día decimosexto del sexto mes de estancia de Welzel a bordo de la estación lejana, con los tres meses habituales de diferencia. Sin embargo, lo recibimos con ocho horas de adelanto al momento previsto. Welzel ha emitido sus comunicaciones siempre a las tres de la tarde, hora terrestre, y las perturbaciones debidas a cuestiones de condiciones espaciales han hecho variar en ocasiones nuestro momento de recepción del mensaje, pero nunca más allá de dos horas, y siempre de retraso. Jamás nos había llegado un informe antes de las tres de la tarde.

El jefe de comunicaciones hablaba con rapidez, sin apartar la mirada de Buzz. El cosmonauta iba a preguntar algo, pero decidió dejar continuar a aquel hombre cansado, que parecía querer comunicarle lo antes posible todo lo que sabía.

—El segundo día fue más extraño aún —continuó Beaumont, poniéndose en pie y comenzando a pasear de un lado al otro del pequeño recinto—. Recibimos dos comunicaciones. La calidad del sonido es muy mala y la voz de Welzel resulta casi irreconocible, pues de vez en cuando se entrecorta o baja de tono, pero las partes comprensibles no parecen indicar que estuviera preocupado o necesitara ayuda. A partir del tercer día dejamos de recibir la señal de Welzel y en su lugar comenzamos a recibir mensajes con sonidos intermitentes, como una especie de señal en código morse. No hemos conseguido descifrar su significado, si es que lo tienen. Durante los doce días restantes, las recepciones de ese extraño sonido intermitente se hicieron más habituales, hasta que el último día estuvimos recibéndolo durante casi veintidós horas seguidas. Al día siguiente, nada. Se fue. Dejamos de recibirlo. El primer día de nuestro décimo mes, es decir, el primer día del séptimo mes de Welzel a bordo de la nave, debió de ocurrir algo, y ya no sabemos nada de él. No hemos parado de enviar mensajes a la estación, pero nadie contesta y, además, cualquier mensaje tarda tres meses en llegar...

El jefe de comunicaciones se detuvo casi sin aliento y tras la última frase pasó sus dos manos por el cabello albino y se dejó caer en el sillón, derrotado. Buzz miró a su alrededor y detuvo su vista en el Coronel. Nadie

parecía dispuesto a continuar el relato de los acontecimientos, pero al fin el militar habló de nuevo.

—Hombres de nuestro equipo de especialistas en comunicaciones, informática y criptografía, han intentado descifrar esa señal que no paraba de llegar, pero no han conseguido nada. No sabemos qué puede significar.

Buzz guardó silencio. Demasiadas novedades se unían a la tensión acumulada en los últimos días. Empezaba a sentirse mareado. El doctor Radbruch se levantó de su asiento:

—Caballeros, me gustaría hablar un momento a solas con el señor Seldon. Si nos disculpan...

Hubo un asentir general y Radbruch se dirigió hacia la pared opuesta a la del ascensor y presionó un botón en el que Buzz no había reparado hasta entonces. Un panel se descorrió y el doctor pasó al interior de otra sala, aún más reducida que la anterior. Buzz se levantó y le siguió. Cuando ambos estuvieron dentro, el panel ocupó de nuevo su lugar y los dos quedaron aislados en el pequeño receptáculo.

Buzz miró a su alrededor. La longitud completa de una de las paredes estaba ocupada por un panel plagado de múltiples botones y monitores. Parecía una especie de puesto de mando. Esparcidos por el resto de la habitación había una serie de extraños aparatos amontonados, con lo que el espacio para moverse era reducido.

—Supe de la existencia de estas salas hace dos meses —comenzó Radbruch—. El Coronel exigió que cualquier tipo de conversación sobre el asunto de la estación lejana fuese tratado aquí abajo. Beaumont ha pasado en este lugar muchas horas las últimas ocho semanas. Demasiadas. Está muy cansado.

—Sí, ya lo he notado —respondió Buzz.

—Quiero pedirte perdón. Al principio no consideré importante informarte sobre lo que había pasado. Creíamos que todo sería un simple fallo de los sistemas de comunicaciones y que se arreglaría antes o después. Hace dos semanas, cuando comprendimos la importancia real del asunto, el Coronel y yo estuvimos de acuerdo en que lo mejor sería dejar que acabases tu preparación para la misión y no permitir que esto te preocupase. Ahora creo que entonces seguíamos teniendo fe en que la solución llegara de improviso, pero no ha sido así.

—No tiene que justificar lo ocurrido —dijo Buzz, sin poder ocultar un tono de creciente irritación—. Yo sólo soy una parte de la misión. No puedo exigir que se me informe de todo.

—Sólo te pido que me comprendas, Buzz —pidió el doctor—. Tú eres el engranaje y quería que al menos la pieza fundamental de este proyecto estuviese al margen. Creí necesario mantenerte apartado de la preocupación que hemos sufrido todo este tiempo. Buzz..., Hans fue primero mi discípulo y mi amigo después. Pasamos mucho tiempo juntos y viví a su lado la ilusión de ver realizado nuestro sueño. Ahora no sé nada de él, y lo único que me queda son unos mensajes que partieron de allí hace cinco meses, y tampoco puedo estar seguro de que signifiquen algo, ni siquiera de que los mandase el propio Hans.

—Básicamente, lo que me estáis diciendo es que no sabéis qué voy a encontrar allá arriba, ¿no? —preguntó Buzz—; que no tenéis idea de si Welzel sigue vivo o no, que desconocéis si la puñetera estación sigue allí.

Empezaba a estar enfadado. Hoy iba a ser el día más importante de su vida y todo se estaba complicando. El doctor no mostró sorpresa por la reacción del cosmonauta.

—Enfádate. Estás en tu derecho —continuó Radbruch—. De todas formas, cuando volvamos a la habitación, el consejero Clotsky te pedirá con insistencia que no abandones la misión. Él sabe que si este proyecto se interrumpe, sus votantes le exigirán cuentas. La estación lejana cuesta mucho dinero, ya lo sabes. El Coronel también intervendrá, pero yo no puedo pedirte que vayas.

Radbruch puso una mano encima del hombro del astronauta.

—Daniel, te van a decir muchas cosas para convencerte, pero ellos no conocen a Hans. Tú y yo sabemos que si fuese un fallo en el sistema lo que ha provocado la interrupción de las comunicaciones, él lo hubiese detectado y reparado. Además, si llegases a la estación y te encontrases con cualquier problema, no podríamos ayudarte. Maldita sea, ¡si partes hoy, no sabremos nada de tu llegada a la estación hasta dentro de noventa y tres días!

El doctor había elevado la voz y Buzz le hizo un gesto para que se calmase. No quería que en la habitación de al lado les oyesen. Tenía una sensación extraña. Todo el mundo estaba muy preocupado, muy cansado. Empezaba a sentir como si él mismo estuviese un poco al margen, con cierta perspectiva de la situación cuando, sin embargo, era precisamente él quien sufriría las peores consecuencias si había pasado algo en la estación.

—Te dejaré solo, Daniel.

El doctor se dirigió de nuevo hacia el panel y accionó el mecanismo de apertura. Mientras Radbruch salía, Buzz pudo ver cómo los hombres que ocupaban la otra sala guardaban silencio. No fumaban, no charlaban, no hacían conjeturas. Buzz percibió de nuevo la sensación

de que estaban cargando con un terrible peso que a él sencillamente no le afectaba. El panel metálico se deslizó de nuevo sobre sus engranajes y quedó envuelto en la semioscuridad de un cuarto del tamaño de una ratonera.

Miró a su alrededor. En un rincón se erguía una torre de papel de impresora. Se acercó y leyó el contenido de los papeles. Eran copias de los informes de Welzel. ¿Qué le había ocurrido? Tomó uno al azar y empezó a examinarlo. Welzel hablaba de la reacción de las algas a la gravedad cero.

Doctor Radbruch, si me oye mande una queja oficial al Instituto Biobotánico de Tokio: sus algas no son adecuadas para hacer sushi, lo he comprobado.

Era un tipo simpático y conocía al doctor a la perfección. Radbruch siempre estaba ocupado y pensativo, reflexionando. Podía llegar una mañana al laboratorio, dar los buenos días y quedarse sentado en silencio durante una hora. De repente, se levantaba y comenzaba a realizar de forma impulsiva una tarea. Buzz recordaba que Linda le había dicho en una ocasión, mientras ambos preparaban la mesa para comer en la cabaña, a la orilla del lago, que así actuaban los lagartos: pasaban horas al sol, sin moverse, pensando, maquinando los próximos movimientos y, de repente, comenzaban a agitarse y se escabullían entre las rocas. Eso le había hecho gracia. Ella le hacía reír muchas veces y siempre había sabido entenderle. El día en que habían llamado de la Agencia para comunicarle que sería el pasajero del segundo salto a la estación lejana, había sentido miedo de decírselo a ella. Aceptar le traería la soledad durante su estancia en el espacio, y el peligro inherente a un sistema de salto tripulado probado anteriormente una sola vez. Pero peores serían los largos meses previos sin apenas contacto con nadie ajeno a la misión, sin ella. Cuando Linda volvió a casa del supermercado, ambos se miraron y los ojos de Buzz no pudieron ocultar nada. Supo que ella había comprendido sin hablar. Tal vez no supiese exactamente de qué se trataba, pero leyó los sentimientos que fluían en los rasgos de su rostro. Linda no dijo nada, simplemente dejó caer las bolsas de la compra sobre el parqué y, acercándose a él, le abrazó con más fuerza de lo normal. Aquello duró unos segundos. Luego recogió de nuevo las bolsas y se dirigió a la cocina. Más tarde, durante la noche, él reunió valor para explicárselo todo. Ella se mostró ilusionada. Sobre la cama, desnudos, se acariciaron celebrando el momento más importante en la vida profesional de Buzz. Hicieron el amor lentamente, con dulzura. A la mañana siguiente, Buzz telefoneó a la agencia para concertar una

reunión con el doctor Radbruch, y allí empezó todo. Tras el apretón de manos definitivo en el despacho del científico, Buzz sintió que fuese cual fuese su futuro aún por venir, pasaba por los controles de la cápsula de lanzamiento que sería enviada con el objetivo de alcanzar en setenta y dos horas la estación espacial lejana.

Esparcidos sobre la mesa pudo ver los restos podridos de tres recipientes de conservas. En el suelo, un vaso cuyo contenido se había derramado y evaporado hacía mucho tiempo. Las paredes a su alrededor chirriaban. Tenía frío, o eso creía. Caminó con pasos lentos hacia el mismo sillón de siempre, y se recostó, mirando hacia arriba.

—Sobre mi cabeza hay un cristal y sobre el cristal, estrellas —se dijo, y comenzó a contarlas—. Una de reflejos azules, otra de reflejos amarillos y rosas, otra...

Desde algún lejano corredor llegaba el sonido incesante de una gota de líquido cayendo una y otra y otra vez. Cada gota se derramaba treinta y cuatro horas después de la anterior, pero él recordaba cada minúsculo goteo y empezaba a sentirse enfermo. Ante sus ojos revoloteó un colibrí con ganas de escapar y él se levantó y abrió la ventana para dejarle salir. El pájaro escapó y él volvió a cerrar aquel cristal. Al cabo de tres segundos, el colibrí estaba pegado al vidrio, muerto por asfixia, y él abrió los ojos repentinamente. Se había quedado dormido y por vigésima tercera vez en su vida, había soñado con colibríes.

3

—IRÉ —DIJO Buzz a los demás mientras el panel se cerraba de nuevo tras él—, pero antes de partir quiero saber exactamente con qué datos contamos.

Pocos minutos después, la mesa central de la sala de reuniones había sido cubierta con decenas de dossiers y gráficas. El Coronel había accionado un mecanismo desplegando una gran pantalla que ocupaba casi la mitad de una de las paredes. Señaló con un puntero una representación de onda de uno de los mensajes indescifrados procedentes de la estación lejana.

—Lo único que sabemos con seguridad es que estas transmisiones a base de señales acústicas no se corresponden con ningún patrón conocido. Hemos encontrado diversas pautas similares. Podemos ver series de sonidos que se repiten aquí, aquí y aquí, pero nos ha sido imposible atribuirles ningún tipo de significado. La tonalidad habitualmente es la misma; cambia únicamente el lapso de tiempo entre los sonidos. Como ya te hemos dicho, hay posibilidades de que se trate de un problema en el sistema de comunicaciones pero, naturalmente, no podemos asegurarlo.

Buzz frunció el ceño.

—¿Podemos estar seguros de que la estación no ha sido dañada por algún tipo de fenómeno espacial? —preguntó.

El Coronel iba a contestar, pero fue interrumpido por la grave voz de Federico Spinelli, el ingeniero jefe del proyecto de la estación lejana.

—Imposible —comenzó a decir—, los escáneres no han indicado ningún tipo de suceso extraño en la zona de vacío espacial donde hemos situado la estación.

—¿Un problema a bordo que hubiera provocado un accidente? —preguntó Buzz.

—No —la voz de Spinelli sonaba categórica—, la estructura y los sistemas fueron comprobados miles de veces antes de ser enviados allá arriba. Además, una de las primeras misiones de Welzel al llegar, podríamos decir que la prioritaria, consistió en comprobar con total seguridad que los elementos de la estación habían sido perfectamente ensamblados por las máquinas y que las estructuras no habían sufrido ningún tipo de daño con los saltos supralumínicos. Según Welzel, todo estaba perfectamente.

—¿Podría ser que Welzel hubiese...?

Buzz no terminó la pregunta. No le gustaba esa posibilidad, aunque era necesario planteársela.

—¿Muerto? —completó Spinelli—. Muy improbable. Aunque hubiese muerto, la nave no habría interrumpido los informes. Sencillamente el sistema habría automatizado la emisión de los comunicados y nos habría informado de esa muerte y las circunstancias que la rodeasen como si fuese un dato más del día.

—Por lo tanto podemos decir —afirmó Buzz —que es muy posible que Welzel siga vivo y que la estación lejana continúe en funcionamiento.

—Parece lo más probable —dijo el ingeniero—, pero no estamos seguros. Para asegurarnos de lo que está pasando, te necesitamos allí. Puede que Hans ni siquiera sepa que sus informes han sido sustituidos por esa extraña señal, o puede que sea él quien por alguna razón que no conocemos la haya emitido.

—Comprendo.

Buzz miraba a Beaumont, el jefe de comunicaciones. Se había quedado callado, respirando lentamente, hundido en su sillón. Su piel clara parecía la de un anciano.

—Cree que es culpa suya —dijo Radbruch, mientras él y Buzz oían desde la sala cómo se elevaba el ascensor que llevaba a los demás hacia la superficie, al despacho. Desde allí cada uno se dirigiría a su lugar, dispuestos todos para el lanzamiento—. Está convencido de que es un problema de transmisión, y se siente responsable de ello. Además, sabe que todos deseamos que se trate de eso, porque significaría que Welzel y la estación siguen bien. Es un chico joven y trabajador, pero creo que el sufrimiento y la tensión de estas últimas semanas van a retirarle para siempre de los proyectos de la Agencia. Me temo que, acabe como acabe todo esto, renunciará.

—Probablemente debería tenerlo bajo vigilancia —dijo Buzz—. Lo he encontrado muy mal.

El doctor se acercó a Buzz y tomó asiento junto a él.

—¿Y tú? ¿Cómo te encuentras? —preguntó, mientras se quitaba sus gafas graduadas y comenzaba a limpiarlas con la bata blanca.

Buzz se inclinó sobre sus rodillas y fijó la mirada en el suelo.

—Creo que tengo miedo. No sé por qué ha pasado todo esto de repente. Hace apenas tres horas llegué aquí con la ilusión de formar parte de una esperanza, y ahora tengo la sensación de que me he convertido precisamente en eso, en la última esperanza. Todos teméis lo peor, y no intentes decirme que no es así.

—No iba a hacerlo —contestó el doctor, mientras se ponía de nuevo las gafas—. Cuando yo tenía diecinueve años, mi padre sufrió una embolia

cerebral mientras comprábamos en el supermercado. Acababa de cumplir cuarenta y tres. Yo era su único familiar y tuve que dar el consentimiento para realizar una operación de urgencia que tenía grandes posibilidades de resultar inútil. Las cuatro horas que duró la operación fueron una vida diferente que viví en ese hospital. Dicen que cuando suceden estas cosas es como si estuvieses dentro de un sueño, pero para mí no fue así. Sentí como si de repente mi cerebro se hubiese liberado de las clases, de las chicas, del fútbol, de mis experimentos, incluso de la gente que me rodeaba en el hospital. Sentí entonces que el mundo sólo tenía unos pocos metros cuadrados, los de la sala de espera donde yo estaba y los del quirófano donde cinco médicos intentaban amarrar a mi padre a la vida. No se salvó, Daniel.

—Lo siento —dijo el astronauta.

—Casi nadie sobrevivía a ese tipo de operaciones en aquellos años —siguió el doctor, levantándose de su asiento—. Sólo hay una cosa que me entristece sobre mi padre, y es el hecho de que nunca pude despedirme de él. Durante los minutos anteriores a la embolia hablamos de una chica que me gustaba y en ese momento discutíamos sobre si podría o no llevarme el coche la noche siguiente. Me agaché a tomar un paquete de arroz y le sentí caer a mi lado. Diecisiete minutos después, estábamos en la ambulancia de camino al hospital. Sé que si al final de la operación, cuando los médicos decidieron que ya no se podía hacer nada, mi padre hubiese recobrado la consciencia durante unos segundos, lo único que hubiese deseado habría sido sentir mi mano apretando la suya.

El doctor puso la mano sobre el hombro del astronauta y levantó la vista desde el suelo:

—¿Quieres telefonar a tu esposa? Ella estará ahora entre el público, esperando el lanzamiento.

Buzz asintió y Radbruch colocó su teléfono móvil sobre los papeles que llenaban la mesa de la pequeña sala. Tras esto, se agachó junto al asiento de Buzz y miró a éste a los ojos. Ambos se abrazaron unos segundos.

—Buena suerte, chico —dijo el doctor—. A la vuelta espero que Hans y tú me contéis qué se siente habiendo llegado más lejos que ningún otro hombre.

Buzz pudo ver brillar la humedad en sus ojos.

Unos segundos después, un soldado y el Coronel descendían en el ascensor en busca del astronauta. Había llegado el momento de partir. En las manos de Buzz, una voz femenina respondió al quinto tono de la llamada.

—¿Diga?

De fondo se oía un gran bullicio.

—¿Diga? Casi no puedo oírle, hable más alto. ¿Diga?

El ascensor llegó a la sala subterránea en el mismo instante en que Buzz apretaba el botón interrumpiendo una llamada en un teléfono prestado. No había llegado a pronunciar ni una sola palabra.

—Es la hora —dijo el Coronel—. ¿Estás listo?

—Vámonos de una vez —respondió Buzz, y ambos se introdujeron de nuevo en el ascensor.

Había amanecido. A través de los cristales de la cabina, Buzz podía ver el cielo amarillo, la base militar y, más allá del perímetro de seguridad, una muchedumbre ansiosa y alegre por poder presenciar el lanzamiento de su nave al espacio. Linda estaba allí, entre la gente, en un lugar especialmente reservado para ella, pero él no podía distinguir ningún rostro desde aquella distancia. A su alrededor todo le era familiar. Conocía perfectamente cada componente de la cápsula, cada curva del metal, cada función. Sentía como si en cierto modo acabase de terminar un viaje y se dispusiese a iniciar otro. Llevaba meses esperando estar ahí sentado.

—¿Señor Seldon, puede oírme? —una voz desconocida para Buzz sonó en el intercomunicador—. ¿Puede oírme, señor?

Buzz conectó el sistema de comunicación local.

—Escucho perfectamente —respondió, mientras veía cómo en las tres pantallas de la consola de mandos comenzaban a aparecer cifras de datos y comprobaciones.

—Hemos introducido en la computadora de a bordo las órdenes de verificación final, señor. Prepárese para el lanzamiento en tres minutos.

La misma voz de antes fue seguida por un zumbido arenoso.

—Bien —contestó Buzz.

Miró de nuevo a su alrededor. La cápsula de salto era un habitáculo bastante reducido, al menos comparado con las lanzaderas que había pilotado hasta entonces. La cápsula correspondía a la punta de un cohete que le impulsaría en apenas tres minutos al espacio. Tenía forma de cono. En el centro de la base circular habían situado un cómodo asiento y, al frente, una consola de control y manejo de la computadora de a bordo. En la parte opuesta a la consola se encontraba el tubo. El tubo era la diferencia entre vivir y morir en la fase inicial y final de un salto. La única forma de que las fluctuaciones de gravedad que sufría el cuerpo del cosmonauta en los primeros segundos de salto no le hiciesen reventar, era situarse en el interior del tubo vertical, sumergirse en un oleoso líquido azul y ser sometido en su reducido espacio a una gravedad constante.

—Dos minutos para el lanzamiento, señor —avisó de nuevo la voz.

Radbruch le había dicho que habían introducido en la computadora de a bordo todos los informes recibidos desde la estación lejana, para que los revisase durante los tres días de viaje que le quedaban por delante. De pronto, recordó al robot. ¿Dónde estaba? Miró a su alrededor. Nadie le había dicho nada del robot desde antes de darle las preocupantes noticias sobre la expedición de Welzel. Era extraño. Intentó distinguir entre los metales y el plástico que conformaban el interior de la cápsula, una forma esférica similar a la del robot que habían enviado con Welzel, pero no encontró nada. No lo comprendía. Buzz apretó el botón del intercomunicador.

—Base, aquí Seldon, ¿está por ahí el Coronel?

—Aquí estoy, Buzz —contestó la voz limpia y grave del Coronel al otro lado del comunicador.

—Comienzo de cuenta atrás. Diez..., nueve...—. La voz de antes volvía a ocupar el canal de radio.

—Coronel, ¿dónde diablos han puesto el robot? No lo encuentro.

—No te preocupes por eso, hijo. Él te encontrará a ti.

Buzz vio en la pantalla que la comunicación con el militar se interrumpía.

—¡Dígale a Linda que la quiero! —gritó, sin saber si le escuchaban ya.

—Ocho...

Deseó que aquella última frase llegara a su destino.

—Siete...

Comprobó la sujeción de los cinturones que le aferraban al asiento.

—Seis..., cinco...

En el exterior de la cápsula, algo se movió junto a uno de los pequeños cristales circulares. Revoloteó y se posó un segundo en el borde del ojo de buey.

—Cuatro, tres...

Una luz verde se encendió en el panel de control y la cápsula empezó a vibrar.

Buzz cerró los ojos y deseó estar en los brazos de Linda.

A Linda se le encogió el corazón entre la multitud.

El pájaro levantó el vuelo y se alejó del cristal.

La cápsula vibró cada vez más fuerte. Los motores escupieron su fuego. La gente comenzó a rugir.

—Uno...

Buzz dejó de oír. Durante un instante, no escuchó nada a su alrededor. Lentamente, desde kilómetros de distancia, le llegó el sonido de una gota de agua cayendo de una ducha en una cabaña de madera a la orilla de un lago.

—¡Cero! Lanzamiento realizado, cohete ascendiendo.

Buzz sintió su cuerpo arrojado hacia arriba con una fuerza terrible. Cientos de toneladas de empuje lanzaban cada célula de su cuerpo hacia arriba, en dirección a las estrellas. Cerró los ojos. Dos minutos después, volvió a abrirlos, y por los pequeños cristales sólo pudo ver un exterior oscuro. Estaba algo mareado.

Durante unos minutos quedaron interrumpidas las comunicaciones. Buzz se desprendió de las correas de sujeción y flotó libremente por el pequeño habitáculo. La cápsula se hallaba girando en el espacio, dirigiéndose lentamente hacia el punto de salto. Se acercó a uno de los cristales y pudo ver las formas parduzcas de los continentes, las nubes de un blanco brillante y, ante todo, el azul del agua. Era hermoso. No importaba el peligro y las numerosas peripecias por las que hubiese que pasar: cuando uno veía aquello, deseaba volverlo a ver. Un día, meses después de su segundo viaje, antes de ser escogido para el proyecto de la estación lejana, se había despertado en la cama y se había dado cuenta de cómo había cambiado su concepción del mundo. Se sentía más humilde. En ocasiones había oído que los astronautas regresan locos del espacio, trastornados. Él no estaba de acuerdo, pero lo que sí sabía era que del espacio se vuelve diferente. Allí, en la cápsula de salto, desprendido ya el cohete de lanzamiento, Buzz miró a la Tierra a los ojos por tercera vez en su vida, y por tercera vez no pudo evitar que un par de lágrimas se escapasen de su mirada y flotasen hasta ser absorbidas por el sistema de limpieza de aire.

—Seldon, aquí Base Tierra —la voz de nuevo en el intercomunicador—. Seldon, conteste.

La pequeña gravedad generada por el giro continuo de la cápsula le permitió alcanzar con un leve impulso el intercomunicador.

—Aquí Seldon.

—Prepárese para el salto. Se producirá dentro de quince minutos. A partir de ahí perderemos el contacto con usted. Le deseamos buena suerte y esperamos verle pronto.

—Gracias —dijo Buzz, sonriendo.

La conocida voz del Coronel apareció en el intercomunicador.

—Rompiendo fronteras, hijo.

—Rompiendo fronteras —respondió el cosmonauta.

La comunicación se interrumpió de nuevo. Buzz se deslizó hacia el tubo mientras se deshacía con lentos movimientos del mono azul de la Agencia Espacial. Desnudo, se introdujo en el estrecho cilindro.

—Cuatro minutos, Seldon —oyó decir por el comunicador, y los dígitos de la cuenta atrás se encendieron en la pantalla principal de la consola.

El panel frontal curvo del tubo se cerró una vez se hubo introducido por completo. Ahora estaba herméticamente aislado. Era la primera vez que experimentaba un salto a una velocidad superior a la luz. Sólo Welzel lo había hecho antes. En sus informes, Hans declaraba que no era una sensación agradable, pero tampoco especialmente negativa. Quedaban dos minutos. El motor nuclear iluminaría el vacío con una luz azul que sería posible observar desde la Tierra durante algo más de un segundo. Un fogonazo en el cielo y él estaría a cientos de miles de kilómetros de allí, deslizándose por el polvo estelar como un delfín entre las olas, dejándose llevar por átomos enzarzados en una carrera interminable.

Buzz se colocó la máscara de oxígeno y dejó que el tubo vertical comenzase a llenarse de líquido azul translúcido, un suave aceite que iba envolviéndolo desde los tobillos. Tras unos segundos se encontraba totalmente sumergido. Pegó la cara al plástico y pudo observar que quedaban treinta segundos para el salto. De pronto, se sintió cansado. Con cada inspiración su cuerpo se sentía más relajado. Debían de quedar tan sólo unos instantes, pero el sueño le invadía. Derrotado, se abandonó a la sensación de terciopelo en la piel que le proporcionaba el aceite azul. Respiró, esperó un segundo más y cerró los ojos.

VIAJE

1

EL LIQUEN RECUBRE MI cuerpo. Crece con la lentitud con la que avanza un desierto y poco a poco ocupa mi piel. Las paredes también están cubiertas de líquen, y todo es viejo. Pon una sábana sobre los muebles, preciosa, para que cuando volvamos dentro de cien años no hayan cogido demasiado polvo. Ante mí se extiende un océano de líquen y de algas. Camino por la playa lentamente y no hay arena, sino gruesos alambres sobre un piso de metal. Me introduzco entre las plantas hasta la cintura y las algas se enroscan en mis miembros y tiran de mí hacia las profundidades. ¿No habrá ya más amanecer que el vacío oscuro de la misma noche eterna? Porque aquí no amanece; aquí siempre es de noche y el metal es el único cielo que conocen los que siempre han vivido en este lugar. Pero yo vine de lejos, y añoro, y el asco me invade cuando las algas y los líquenes envuelven mi cuello y penetran en mi boca. Se deslizan y descienden por mi garganta.

—Daniel.

Mi estómago se llena de verdor correoso con sabor a sal. El océano se introduce cada vez más en mí y las arcadas se suceden.

—Daniel, despierta.

Ya todas las plantas enfermas del océano han invadido mi interior y una bilis verdosa recorre cada centímetro de mi cuerpo. Mi estómago y mi

garganta se deshacen en una pulpa hedionda que de nuevo se introduce en mi boca para servirme de alimento.

—Daniel, despierta, por favor.

Abrió los ojos. Necesitaba vomitar. Una náusea penetrante le inundaba. Accionó el botón de vaciado, pero no pudo esperar. Antes de que el tubo se vaciase del todo abrió la compuerta. La gravedad a bordo comenzaba a normalizarse y el líquido de suspensión se derramó por la parte inferior de la cápsula. Dio un paso al frente, pero le fallaron las fuerzas y cayó hacia delante, de rodillas. Empezó a vomitar. Las arcadas y los espasmos estomacales continuaron unos segundos.

—¿Estás bien, Daniel? —una voz femenina resonó lejana en la cabeza de Buzz. Se sentía terriblemente mal. No podía ponerse en pie. Se dejó caer sobre los restos de líquido azul y vómito que aún no habían limpiado los extractores. Se encontraba muy débil.

—Descansa, Daniel —la misma voz femenina, rebotando en su cabeza. Tendido en el suelo, sin fuerzas para mover un dedo, elevó la vista hacia la consola principal. Unos grandes números indicaban el tiempo que restaba para llegar al objetivo: casi setenta y dos horas. El salto ya se había producido. Sintió como si su cuerpo se elevara y flotase.

Despertó con un terrible dolor de cabeza, pero bastante despejado. Estaba tumbado en el pequeño cubículo cerrado que hacía las veces de cama. Recordaba como en una bruma haberse elevado de su planeta montado en un gran cohete y haber decidido acompañar de repente a la luz en una carrera de niños, a ver quién llega antes a aquel punto remoto, lejos de casa. Presionó un pequeño rectángulo sobre su cabeza y el compartimento se abrió. Buzz salió de él y descendió por una pequeña escalinata. Ocupó el asiento y observó las tres pantallas de la consola. Había dormido cuatro horas. Quedaban sesenta y ocho para llegar. Se cercioró de que el funcionamiento de la nave era correcto. Todos los sistemas se encontraban perfectamente. Comprobó que el sistema automático de a bordo había enviado un mensaje a la base anunciando que el salto había sido exitoso. Observó durante unos segundos una de las dos pantallas secundarias. Indicaba una velocidad superior a los ocho millones de kilómetros por segundo. Tragó saliva y seleccionó en la computadora el nivel máximo de gravedad. Quería sentir la cabeza sobre los hombros. Se acercó a una de las ventanillas de la cápsula y miró hacia el exterior. ¿Había imaginado que fuese así? Welzel jamás lo había descrito.

Seguramente había considerado que observar el espacio viajando a una velocidad superior a la luz debía ser un privilegio sólo reservado a los elegidos que pudieran experimentarlo. O tal vez ni siquiera había sabido describirlo. Buzz recordó cuando era niño y viajaba en coche, sentado al lado de su padre. Le gustaba mirar a la carretera, a las líneas que marcaban el límite de la vía y cómo, al pasar a toda velocidad en la autopista, esas líneas pasaban a ser un trazo continuo que variaba constantemente de grosor. Semejaba una serpiente. El universo parecía comportarse igual. A tan tremenda velocidad las estrellas no eran un punto, sino un trazo luminoso que se engarzaba con el siguiente para formar cientos de miles de curvas, dibujando todas ellas un conjunto de líneas que se movían sinuosamente, con variaciones continuas de intensidad. Las formas se sucedían con extraordinaria rapidez, las líneas se curvaban y estallaban de cuando en cuando en repentinas explosiones de luz que iluminaban el interior de la nave con una brillante oleada, como la de un flash fotográfico. Era imposible observar tales impactos de luz más allá de unos segundos. De pronto se le ocurrió pensar en una especie de medusa, una medusa gigantesca y sinuosa nacida de la luz.

—Daniel, ¿estás bien?

Las pupilas del cosmonauta se dilataron y su cuello quedó rígido. Lentamente, se volvió. No había nadie con él.

—Daniel, no te asustes —la voz estaba allí, en todas partes, una cálida voz femenina—. Lo has pasado muy mal. Tu cuerpo ha sufrido, pero ya se está adaptando. Pronto estarás bien.

Buzz recordaba haber oído unas horas antes la misma voz, en sueños, tras haber perdido la consciencia por los narcóticos antes del salto.

—¿Quién eres? —preguntó el cosmonauta—. ¿Dónde estás?

—Soy... —la voz dudó unos momentos—, tu ayudante.

Buzz comprendió. Allí estaba el robot. Esta vez habían optado por una inteligencia artificial integrada en el ordenador de a bordo. La labor de tratar con una mente artificial era muy compleja, mucho más que con un ordenador. Una computadora, como la de la nave, se limitaría a obedecer órdenes que deberían haber sido previstas por los programadores del sistema. Una inteligencia artificial, sin embargo, podía aprender y enfrentarse a las nuevas situaciones. Incluso en el caso de que a él mismo le ocurriese algo.

—¿Te han explicado... en qué consiste todo esto? —interrogó el astronauta. No sabía muy bien dónde mirar, así que fijó la vista en la consola de comunicaciones de la nave.

—Sí —respondió decididamente la voz—, he aprendido. Conozco toda la información sobre el viaje que estás realizando y tu misión. Conozco

la estación lejana, la labor de la Agencia Espacial, a Hans Welzel y al doctor Radbruch, te conozco a ti y sé qué soy y que la multinacional Moscow Electric me creó.

Buzz asintió, aunque no estaba muy seguro de que la inteligencia pudiera percibir impresiones visuales. Sin embargo, era lo más probable.

—Bien, quiero saber qué ha ocurrido desde el salto.

Buzz suponía que la inteligencia le había comprendido. Una petición así sería imposible de responder por un ordenador si no se le hacían mayores concreciones, pero las inteligencias actuales eran capaces de tener en cuenta los últimos acontecimientos sucedidos y discriminar los que eran desconocidos para el astronauta y que, además, podían revestir alguna importancia para él.

—Un minuto antes del salto —comenzó la voz —los narcóticos hicieron su efecto y te alejaron de la experiencia traumática que supone tal drástico impacto de velocidad. Aún así, tu cuerpo no aceptó bien la variación de condiciones físicas, lo que te hizo vomitar durante un breve lapso tras haber recobrado la consciencia. Al salir del compartimento antigravitatorio volviste a desvanecerte. Utilizando variaciones en el sistema de gravedad artificial dirigí tu cuerpo hacia el compartimento de descanso. Luego limpié la suciedad con el sistema de aspiración y renovación del aire. Ahora has despertado. Espero haber actuado correctamente.

Buzz estaba sorprendido. A lo largo de sus años en la universidad había tenido oportunidad de entrar en contacto con inteligencias artificiales. La mayoría no eran más que tontas máquinas pensantes para jugar al ajedrez, sobre cuya capacidad sus creadores no dejaban de fantasear. En su segunda salida al espacio, incluso, había interactuado con un programa de inteligencia artificial instalado en un satélite de comunicaciones, pero no le había sorprendido demasiado. Eran capaces de razonar, sí, de pensar, pero ¿también de ayudar?, ¿podían las “inteligencias” decidir cuándo socorrer a un ser humano, aunque su intervención no fuera solicitada? Lo que tenía ante sí era algo muy avanzado, y estaba sorprendido.

—¿Tienes nombre? —preguntó Buzz.

—No.

—Elige uno al azar —pidió el cosmonauta—. Necesito llamarte de algún modo.

La voz permaneció en silencio unos segundos. En las entrañas de silicio de un complejo de circuitos integrados, una base de datos fue revisada.

—María —respondió finalmente la voz.